



Detalle de la pintura de Pablo Amaringo, "El Reino de Tiahuanaco".



Jeremy Narby

EN LA PISTA DE LA SERPIENTE*

Jeremy Narby

Jeremy Narby es doctor en antropología de la Universidad de Stanford. Trabaja para la organización de ayuda "Nuevo Planeta". Publicó anteriormente en francés "Amazoine, l'espoit est indien" (Favre, Paris, 1990) y "Le Serpent Cosmique-l'ADN et les origines du savoir"(Georg Editeur - 1995)

RESUMEN: Estudiando la ecología de los ashánincas, pueblo indígena de la Amazonia peruana, Jeremy Narby se encuentra enfrentado a un enigma: los indios le explican que sus increíbles conocimientos botánicos provienen de las alucinaciones inducidas por ciertas plantas. En este artículo, el autor explica cómo luego de diez años de investigación, desde la selva amazónica hasta las bibliotecas europeas, ha reunido suficientes indicios para convencerse de que la respuesta a este enigma se encuentra en el ADN, la molécula de vida presente en cada célula de cada ser viviente. El libro "La Serpiente cósmica, el ADN y los orígenes del saber", que detalla esta sorprendente hipótesis, fue publicado en castellano por Takiwasi y Racimos de Ungurahui en 1997.

* Artículo originalmente publicado en la revista "Le Temps Stratégique" – Ginebra – Diciembre 1996 – traducido del francés por Takiwasi.

“

Me di cuenta
rápidamente
de que
manejaban un
saber botánico
literalmente
enciclopédico.
Sabían todo
sobre las
plantas
que aceleran
la
cicatrización,
curan la
diarrea o el
dolor de
espalda,
neutralizan el
veneno de tal
o cual
serpiente.

”

El motocarro, especie de asiento fijado a la parte delantera de una moto, anda rápido por las calles de Iquitos: el aire me refresca el rostro, pero, al parar en la luz roja de cada semáforo, el calor me alcanza y el torbellino de los otros motocarros me ensordece.

He prometido ir a charlar con indígenas de la Amazonia peruana, aguarunas, shipibos, boras, una decena de pueblos en total, que siguen en Iquitos una formación destinada a permitirles enseñar a la vez su propia cultura y el saber occidental.

Un año antes, en julio de 1995, había entonces evocado frente a ellos una sorprendente hipótesis. Les había dicho que a mi parecer existe una relación entre las serpientes entrelazadas que perciben los chamanes amazónicos en sus visiones, y la doble hélice del ADN hoy en día familiar a los biólogos moleculares.

Les habría gustado saber en qué están mis investigaciones. Pero, ¿qué puedo decirles?

Mientras el motocarro corta el aire nocturno, veo Iquitos desfilan en medio de un vaho ardiente, con sus ambulantes, sus restaurantes chinos, sus vapores de kerosene. Pienso que al final de todo, lo mejor es contarles la historia entera, desde el inicio.

Las cosas empezaron once años atrás. Acababa de llegar a Quirishari, en la cuenca del Pichis, en la Amazonia peruana, con la intención de estudiar la manera cómo los indios ashánincas utilizan sus recursos naturales, una investigación de terreno que debía durar dos años y conducirme a un doctorado en Antropología en la Universidad de Stanford (Estados Unidos).

Para familiarizarme con la vida de los habitantes del pueblo, empecé a acompañarles durante sus actividades, especialmente en la selva. Durante estas caminatas silvestres, a menudo pre-

gunté sobre las plantas que encontrábamos. Me di cuenta rápidamente de que manejaban un saber botánico literalmente enciclopédico. Sabían todo sobre las plantas que aceleran la cicatrización, curan la diarrea o el dolor de espalda, neutralizan el veneno de tal o cual serpiente. Cada vez que se presentaba una oportunidad, probaba conmigo mismo estos remedios, averiguando empíricamente si lo que mis consultores indígenas decían era exacto. Inevitablemente, llegué a preguntarles cómo habían aprendido todo lo que sabían.

Me contestaron de una manera que me parecía muy enigmática, dijeron que su saber venía de las plantas mismas, que los chamanes después de haber bebido una mixtura alucinógena conversaban, en medio de sus visiones, con las esencias animadas o espíritus de las plantas, que son las mismas para todos los seres vivos, y obtenían información a partir de ello.

Agregaban que la naturaleza es inteligente y maneja un lenguaje visual, no solamente a través de alucinaciones y sueños, sino también de signos concretos cotidianos. Por ejemplo, decían, que la planta que posee en la base de sus hojas dos ganchos blancos similares a los de la serpiente "hierro de lanza" cura la mordedura de esta misma. "Mira la forma -me decían ellos- es el signo que la naturaleza nos da." Como si una misma inteligencia animara la planta y el reptil.

Es evidente que me rehusaba a aceptar sus declaraciones al pie de la letra.

Tenía una formación universitaria y me estimaba capaz de distinguir lo que es real de lo que no lo es. Estos indios de las selvas podían decir cuánto quisieran, pero no lograrían convencerme que habían aprendido la botánica dialogando, durante sus alucinaciones, con no sé qué inteligencia escondida en la naturaleza. Además, no podía haber ninguna información verificable en las alucinaciones: después de todo, confundir alucinación y la realidad se llama psicosis...

Además, mis investigaciones de doctorado sobre la utilización que los ashánincas hacen de sus recursos no eran neutras. En esa época, en efecto, al inicio de los años 80, grandes organismos internacionales (como el Banco Mundial), soñaban con "desarrollar" la Amazonia peruana con millones de dólares. Con este fin, trataban de conseguir que los territorios de la colectividad indígenas de la región fueran jurídicamente entregados a colonizadores con mentalidad de mercado y oriundos de la parte del país, con la esperanza de que esos últimos empezaran a "desarrollar la selva", ello quiere decir, deforestarla para transformarla en pastos para el ganado. Justificaban la expropiación territorial diciendo que ellos eran incapaces de utilizar

racionalmente sus recursos naturales. Yo quería, a través de mis mientas, demostrar lo contrario; y tenía la impresión de que resaltar el origen supuestamente alucinatorio del saber ecológico de los ashánincas, debilitaría mis argumentos.

Una noche, sin embargo, después de cuatro meses de terreno, estaba conversando con algunos indígenas delante de la casa, tomando masato (cerveza de yuca). Elogiaba su saber botánico y les hacía una vez más la pregunta: "pero, ¿cómo aprendieron todo él lo?" Ruperto me contestó: "Sabes, hermano Jeremy, si quieres realmente entenderlo, tienes que tomar ayahuasca." -una mezcla alucinógena que comparó a una "televisión de la selva" añadiendo: "si quieres, puedo enseñarte eso, alguna vez." La curiosidad me condujo a aceptar, con más facilidad aun sabiendo que Ruperto tenía una formación completa de ayahuasquero y parecía conocer bien el tema.

Una noche, varias semanas más tarde, nos encontramos entonces algunos de nosotros para tomar ayahuasca, sentados en la plataforma de una casa tranquila. La experiencia que siguió removi6 totalmente mi visi6n de la realidad.

Tomé el líquido amargo y casi de inmediato las náuseas me invadieron. Ruperto empezó entonces a cantar melodías de una belleza estupenda. Las imágenes empezaron a inundar mi cabeza. Me encontré rodeado de serpientes enormes, con colores vivos y fluorescentes. Estaba aterrizado. Las serpientes, que me parecían más verdaderas que en la naturaleza, me explicaron sin palabras que sólo era yo un ser humano. Me di cuenta de que lo que decían era completamente cierto, y que mi comprensión habitual y racional de la realidad tenía sus límites -la prueba era la incapacidad en la cual me encontraba de entender lo que mis ojos estaban viendo-. Siempre me había considerado capaz de entender todo, pero ahí, de repente, la arrogancia de esta pretensión me sumergió. Entonces, vomité colores y salí de mi cuerpo para volar encima de la tierra. Vi también desfilar imágenes con una velocidad asombrosa, por ejemplo, las nervaduras de una mano humana alternando con las nervaduras de una hoja. Las visiones desfilaban sin cesar, no podía recordarlas todas. Poco después de la medianoche, se esfumaron y empecé a dormir.

Al día siguiente, tuve, por primera vez en mi vida, el sentimiento de pertenecer totalmente a la naturaleza. Fui a pasear a la orilla del río. La vegetación cintillaba bajo el sol. Miré las nervaduras de mi mano y vi que eran tan bellas como las de una hoja.

La experiencia fue perturbadora, porque confirmaba lo que decían los ashánincas, o sea que es posible aprender cosas en la esfera

alucinatoria de los ayahuasquero. Y, ¿quiénes eran esas serpientes que parecían conocer tan bien a los humanos?

Era joven entonces y tuve miedo de que mis colegas no me tomaran en serio. Renuncié a profundizar este asunto y evitaba cuidadosamente mencionarlo en mis investigaciones "oficiales". A fines de 1986, volví a Suiza para redactar mi tesis, dos años más tarde obtuve el título de doctor en Antropología.

En 1989, empecé a trabajar para "Nuevo Planeta", una Organización No-Gubernamental que se esfuerza por ayudar a las poblaciones locales en el terreno. Comencé a recorrer la cuenca amazónica con el fin de registrar los proyectos de organizaciones indígenas ansiosas por marcar e inscribir los títulos de sus territorios, y luego hacer lo mismo en Europa, con el objetivo de buscar fondos para ayudarles. Este trabajo me ocupó plenamente durante cuatro años. Estaba feliz de que mi formación de antropólogo pudiera ser útil a los que habían sido tema de mis estudios. Daba conferencias para explicar que es ecológicamente sensato demarcar los territorios de los pueblos indígenas de la selva amazónica, y que sus técnicas agrícolas, fundadas en la policultura y la tala de pequeñas superficies, son perfectamente racionales.

Pero, cuantos más discursos hacía, más consciente estaba de callar ciertas cosas; en particular que los indios afirmaban tener su saber botánico en base a las alucinaciones provocadas por la ingestión de una decocción de plantas.

En junio de 1992, asistí a la 'Cumbre de la Tierra' en Río de Janeiro. Los gobiernos participantes de esta megaconferencia sobre el desarrollo y el medio-ambiente manifestaron formalmente su intención de tomar en consideración a los pueblos indígenas y sus conocimientos específicos. De repente, todo el mundo se puso a hablar del saber ecológico de los pueblos indígenas-sin que nadie mencionara nunca el origen

“

Su saber venía de las plantas mismas, los chamanes después de haber bebido una mixtura alucinógena conversaban, en medio de sus visiones, con las esencias animadas o espíritus de las plantas, y obtenían información a partir de ello.

”

“

Tomé el líquido amargo y casi de inmediato las náuseas me invadieron. Las serpientes, que me parecían más verdaderas que en la naturaleza, me explicaron sin palabras que sólo era yo un ser humano... Al día siguiente, tuve, por primera vez en mi vida, el sentimiento de pertenecer totalmente a la naturaleza.

”

eventualmente alucinatorio de este saber-. Sentí entonces el deber de retomar esta cuestión que, me dije, surgirá inevitablemente algún día si el diálogo con los pueblos indígenas se entabla realmente. Además tenía, lo confieso, otra motivación más personal: quería esclarecer la cuestión de la identidad de las serpientes percibidas en mis alucinaciones, en Quirishari, 7 años atrás.

Me lancé tras la pista de la serpiente, esta vez de una forma totalmente intencional.

Doce meses después de la conferencia de Río, decidí conducir una investigación sobre el enigma del saber alucinatorio amazónico, suficientemente profundizada como para sacar la materia para un libro titulado, de manera provisoria, "alucinaciones ecológicas". El director de la organización que me empleaba me dio su acuerdo, añadiendo además: "tómate tu tiempo". Estaba listo para emprender mis investigaciones. Pero, ¿por dónde iba a empezar?

Mi reacción instintiva hubiera sido volver a la Amazonia peruana para vivir algún tiempo más con los ayahuasquero. Pero, mi vida había cambiado. Ya no era más un joven antropólogo sin compromisos, sino un padre de familia con dos pequeños niños. La investigación tenía entonces que centrarse en la oficina de mi pueblo en Suiza y en la biblioteca universitaria más cercana.

Empecé por zambullirme en la literatura antropológica sobre el "chamanismo". Leí durante meses y tomé centenares de páginas de apuntes clasificados. Este trabajo hizo aparecer que, a través de la inmensidad de la Amazonia occidental, decenas de pueblos indígenas utilizan la ayahuasca y afirman que es la fuente de su saber botánico. Los antropólogos a menudo señalaban esas declaraciones, pero siempre veían en ellas sólo metáforas, tanta era su convicción de que estos indios sólo podían haber adquirido este saber botánico por experimentación aleatoria.

Basta pues considerar las recetas de algunas mezclas indígenas, como el curare por ejemplo, para darse cuenta de que tal explicación era insuficiente. Sabemos que este veneno, de origen amazónico, revolucionó la medicina moderna, a partir del día cuando -en los años 40- los científicos descubrieron que paralizaba todos los músculos, incluso los de la respiración y por tanto facilitaba mucho la cirugía de los órganos vitales. Existen en la cuenca amazónica cuarenta tipos de curare, elaborados a partir de 70 especies vegetales diferentes. Para fabricar el curare que utiliza la medicina moderna, hay que combinar varias plantas y cocinarlas en agua durante 72 horas, evitando respirar los vapores perfumados (pero mortales) que sueltan. El producto de esta cocción es una pasta concentrada, activa solamente por vía subcutánea: si se ingiere o se extiende sobre la piel, sus efectos son benignos. Es difícil entender cómo alguien podría haber encontrado una receta tan complicada experimentando al azar -más que todo considerando que existen en la Amazonia por lo menos 80-mil especies de plantas

Después de haber examinado de manera relativamente detallada los datos etnográficos, botánicos y neurológicos, llegué a considerar la posibilidad de que los chamanes amazónicos realmente obtuvieran información en sus alucinaciones. "Si es así -pensé- el enigma del saber alucinatorio se reduce a una sola pregunta: ¿la información que obtienen viene del interior del cerebro, de las alucinaciones (como dice la ciencia) o viene del mundo exterior, del mundo de las plantas (como ellos mismos dicen)?"

¿Del interior o del exterior? Tal era la cuestión.

El primer día de primavera cuando apareció el sol, tomé vacaciones y fui a pasear a una reserva natural. Caminando, pensaba sobre este interrogante que se había vuelto obsesivo: ¿del interior o del exterior? De repente, me vino a la mente que las dos posibilidades podían ser ciertas al mismo tiempo; que la información podía venir a la vez del interior de la cabeza y del mundo exterior de las plantas. No veía bien todavía lo que esta idea podía significar, pero me gustaba, porque conciliaba dos puntos de vista aparentemente divergentes.

Al día siguiente, de vuelta a mi oficina, empecé a repasar rápidamente mis apuntes de lectura. Acababa de leer continuamente durante seis meses, y sólo me faltaba clasificar mis apuntes para poder empezar a escribir mi libro. Antes de iniciar este trabajo sistemático, decidí sin embargo dedicar un día entero a hojear libremente las pilas de papeles amontonadas durante el otoño y el invierno.

Examinaba mis apuntes sobre las experiencias que ciertos antropólogos hicieron sobre la ayahuasca, y leí de nuevo, por placer, el texto completo del primer informe de este tipo, el de Michael Harner.

Harner cuenta la experiencia que vivió en 1961 con los indios conido de la Amazonia peruana. Después de haber ingerido la ayahuasca, criaturas reptilianas gigantescas salieron de su cerebro y le enseñaron cómo habían creado la vida en la Tierra, insistiendo que tal información era reservada a los moribundos y a los muertos. Harner vio entonces una especie de dragón llegar del cosmos y crear la vida escondiéndose bajo múltiples formas. "Aprendí -escribe- que las criaturas-dragones vivían en el interior de todas las formas de vida, incluido el hombre". Con un asterisco, Harner refiere al lector con un apunte a pie de página (sorprendentemente, no aparece en la traducción francesa original) que afirma: "Yo diría retrospectivamente que [estas criaturas] eran casi como el ADN. Pero, en esta época, en 1961, yo no sabía nada del ADN".

Pensé un momento. Existe efectivamente el ADN en el interior del cerebro humano así como en el mundo exterior de las plantas, porque la molécula de vida que contiene la información genética es la misma para todas las especies. El ADN puede entonces ser considerado como una fuente de información a la vez externa e interna. Precisamente lo que buscaba imaginar la víspera, paseando por el bosque.

Harner no hace ninguna otra referencia al ADN en su texto. Sin embargo, algunas páginas después, nota que "dragón" y "serpiente" son sinónimos, lo que me hizo pensar que la doble hélice se parece, por su forma, a dos serpientes entrelazadas.

Así fue como encontré la idea de que existe un lazo entre el ADN y el saber alucinatorio.

Al inicio, no tomaba mucho en serio esta idea. Al fin de todo, parecía altamente improbable que los indios consumidores de drogas y viviendo en las selvas profundas hayan podido comunicarse en sus alucinaciones con el ADN. Pero, ninguna otra explicación acerca del saber chamánico me parecía satisfactoria. Si los ayahuasquero acceden realmente a una información botánica, ¿de dónde viene? La hipótesis del ADN tenía por lo menos la ventaja de responder a esta pregunta.

Los días siguientes, clasificaba mis apuntes y vi varios otros casos donde las serpientes cósmicas son asociadas a la creación de la vida. Pero esto no me hacía progresar mucho.

En la época en que vivía en Quirishari, ya sabía que la creencia animista, según la cual todos los seres vivos son precisamente animados por las mismas esencias, había sido confirmada por el descubrimiento, en 1953, de la estructura del ADN. Había aprendido en el colegio, en la clase de biología, que la molécula de vida es la misma

para todas las especies y que la información genética necesaria para la elaboración de una rosa, de una bacteria o de un ser humano está codificada en un lenguaje universal con cuatro doble letras, A-C-G y T, que designan cuatro compuestos químicos formando la doble hélice del ADN. La correspondencia entre el ADN y las esencias animadas percibidas por los chamanes no era entonces nueva para mí. La clasificación de mis apuntes no me reveló ninguna otra correspondencia interesante.

Antes de empezar a redactar mi libro, quería sin embargo averiguar en la biblioteca una última pista. En varios mitos de creación donde había encontrado serpientes cósmicas, también había encontrado gemelos -tal vez estaba ahí una correspondencia con la doble hélice-. Busqué en algunos libros sobre la mitología y descubrí con sorpresa que el tema de los gemelos era muy difundido en los mitos de creación, no sólo en América del Sur sino en todo el mundo. Así, la serpiente con plumas de los aztecas, Quetzalcoatl, que simboliza la energía vital sagrada, es un hijo gemelo de la serpiente cósmica Coatlícue. En azteca, la palabra coatl tiene el doble sentido de 'serpiente' y de "gemelo".

¿Por qué los aztecas hablaban también de una doble serpiente, de origen cósmico y símbolo de energía vital?

Salí de la biblioteca y volví a mi casa. Necesitaba reflexión. ¿Qué significaba todo eso? Me fui de nuevo a pasear por el bosque para poner en orden mis ideas. Después de haber recapitulado los elementos que tenía a la mano, me di cuenta de que estaba en un callejón sin salida. Rumiando sobre este bloqueo, pensé de repente en el consejo que me habían dado los ashánincas: "Mira la forma", me habían dicho. Por la mañana, en la biblioteca, había consultado varias enciclopedias acerca del ADN y anotado que su forma era lo más frecuentemente descrita como una escalera, o una escalera de sogas torcida, o una escalera en espiral. La chispa se me prendió en el cuarto de segundo que siguió: "¡LAS ESCALERAS! Las escaleras de los chamanes, 'símbolos de la profesión' (según Metraux), presentes en los temas chamánico del mundo entero (según Eliade)"

Volví rápidamente a mi oficina y decidí recorrer velozmente los libros de Mircea Eliade, particularmente "El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis (1951)". Según Eliade, existen "numerosos ejemplos" de escaleras chamánicas en los cinco continentes: aquí "escaleras giratorias", allá "escaleras" o "sogas trenzadas" implicando necesariamente una comunicación entre el Cielo y la Tierra. Eliade hacía también referencia al Antiguo Testamento, donde se ve a Jacob soñar

con una escalera cuyo extremo llega al cielo, por la cual "los ángeles del Señor suben y bajan". Eliade menciona también serpientes cósmicas, en Australia esta vez.

Las correspondencias que empezaba a percibir excedían de lejos el alcance de mi investigación. Pero, ya no podía parar. Tomé los cuatro tomos de la obra de Joseph Campbell dedicada a la mitología mundial para ver si mencionaban otras serpientes cósmicas. Uno de los primeros dibujos que vi al abrir el volumen titulado Mitología occidental era un sello de Mesopotamia fechado en el 2000 antes de Cristo, mostrando al "dios serpiente" con forma humana, con el símbolo del caduceo: dos serpientes entrelazadas en una doble hélice.

Hojeando febrilmente el libro de Campbell, encontré serpientes en espiral en la mayoría de las imágenes representando una escena sagrada. Con ayuda del índice, descubrí que hay serpientes cósmicas creadoras de vida no sólo en la Amazonia, en México y Australia sino también en Sumer, Egipto, Persia, en el Pacífico, con los hinduistas, en Creta, Grecia y en Escandinavia. Campbell escribe acerca de este simbolismo omnipresente: "En todos los lugares donde la naturaleza es venerada como siendo animada ella misma, y entonces divinizada de manera inherente, la serpiente es venerada como su símbolo."

Consulté al instante el Diccionario de los Símbolos en la rúbrica "serpiente" y leí: "juego de los sexos como de todos los contrarios; es también hembra y macho, mellizo en sí mismo, como tantos grandes dioses creadores quienes son siempre, en su primera representación, serpientes cósmicas [...] La serpiente visible aparece entonces sólo como la breve encarnación de una Gran Serpiente Invisible, causal y atemporal, maestra del principio vital y de todas las fuerzas de la naturaleza. Es un viejo dios primigenio que encontraremos al inicio de todas las cosmogénesis, antes de que las religiones del espíritu lo destronen". (Las cursivas figuran en el texto original).

Frente a la enormidad de lo que creía estar descubriendo, la cabeza me empezó a dar vueltas. Aparecía, en efecto, que por todas partes en el mundo, los chamanes utilizaban ciertas técnicas para reducir su conciencia hasta el nivel molecular y acceder entonces al conocimiento de la serpiente/principio vital, alias ADN. Desde hacía meses, los indicios de este descubrimiento se encontraban al alcance de mis manos, en mi propia biblioteca, pero no había sabido verlos. Además, nadie parecía haber reparado. Ni Eliade, ni Campbell mencionan el ADN.

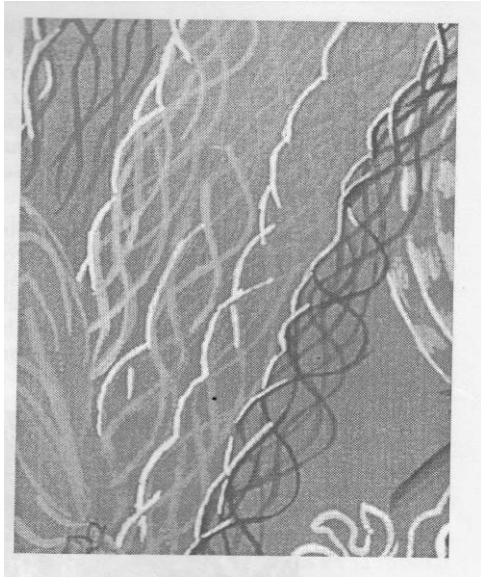
¿Será porque el saber occidental separa las cosas para entenderlas: por un lado la mitología, del otro la biología y deja entre los dos extenderse una "tierra de nadie"?

Eran más de las 20 horas. No había comido nada. Saqué una cerveza de la refrigeradora y puse un disco de violín en el tocadiscos. Y empecé a caminar en mi oficina reflexionando a voz alta. Al cabo de algunos minutos, me di cuenta de que tal vez podría probar mi hipótesis según la cual los chamanes ven información molecular examinando las pinturas de Pablo Amaringo, un ayahuasquero peruano dotado de una memoria fotográfica, quien pinta sus alucinaciones de una manera hiperrealista.

Esas pinturas son reproducidas en un lindo libro titulado en traducción literal: "Visiones de ayahuasca: iconografía religiosa de un chamán peruano". Muchas veces las había admirado, marcado por su semejanza con mis propias visiones alucinatorias. Pero, esta vez, abriendo el libro, me quedé boquiabierto. No sólo había escaleras en zigzag, sogas entrelazadas o serpientes en espiral en casi cada imagen, sino también dobles hélices como ésta:



O esta:



Era asombroso! Había aquí, en medio de famosas imágenes chamánicas, dobles hélices, pero nadie parecía haber notado los posibles vínculos con la biología molecular. Una correspondencia tan evidente debía haber sido señalada, me dije. Y si no fuera el caso, seguramente no sería yo la persona digna de descubrirla. ¿Será que había entrevisto ahí algo que yo no tenía que ver? Recordé que los dragones de Michael Harner le habían avisado que le daban una información reservada a los moribundos y a los muertos.

De manera repentina, un miedo irracional me invadió y sentí la necesidad urgente de compartir mis ideas con alguien. Llamé a un viejo amigo y le conté las correspondencias que había encontrado en el día: los gemelos, las serpientes cósmicas, las escaleras de Eliade, las dobles hélices de Campbell y de Amaringo. Mi amigo me escuchó con paciencia y me sugirió apuntarlo todo.

Seguí su consejo. Mientras transcribía sobre el papel todo lo que acababa de descubrir en cuanto al lenguaje del ADN, me acordé del primer versículo del primer capítulo de San Juan: "En el principio era el Verbo" -la palabra, el logos, el lenguaje.

Aquella noche me costó conciliar el sueño

En las siguientes semanas estuve obsesionado por las serpientes y por el ADN y empezaba a ver escaleras por todos lados: en los parquets, en las mayólicas, en el vidrio de las ventanas, en los estantes de biblioteca, en las gradas, en los cercados, en las barreras, en los puentes, en las antenas, en los postes eléctricos, en los rieles del tren, en las teclas del piano y en las virolas de la guitarra. Me parecía que el motivo de la vida se escondía no sólo en las hojas y en los árboles, sino también en nuestros símbolos y nuestros artefactos. Pero, cada vez que trataba de hablar de ello con gente a mi alrededor, enseñándoles por ejemplo el dibujo de la escalera formada por las ventanas de la sala donde nos encontrábamos, miraban con incomodidad, como si no vieran.

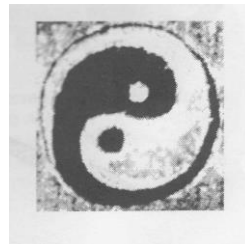
Seguí leyendo libros de mitología y de biología molecular. Cada día me traía su nuevo lote de correspondencias. Salía de largas sesiones en mi oficina declamando frases como: "la duplicación de la doble hélice de ADN da dos doble-hélices quienes son la copia exacta una de la otra, eso quiere decir gemelas, y los pueblos indígenas asocian los gemelos a la creación de la vida desde miles de años" o también: "Francis Crick, el codescubridor de la estructura del ADN, dice que las formas de vida más simples son de tal complejidad que no han podido aparecer en la tierra por casualidad. Eso es porque sugiere que la vida a base del ADN es de origen extraterrestre - así como los pueblos indígenas afirman que la serpiente es de origen cósmico."

Mi esposa escuchaba con inquietud estos fragmentos de saber así reordenados; le parecían más cerca de la locura que de una recomposición inspirada.

Pero, en mi "locura" había método. La mirada racional tiende a separar las cosas para entenderlas, buscaba por el contrario aplicar a la realidad una visión estereoscópica, leyendo en paralelo libros sobre el chamanismo y sobre la biología molecular. ¡Y funcionaba! Cuanto más avanzaba, veía con más claridad y mayores riquezas. El único problema fue cuando ese modo de proceder abrió las compuertas a correspondencias extrañas o extravagantes cuyo diluvio me arrastró.

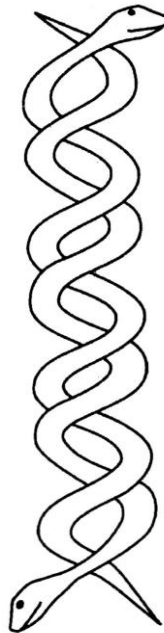
Sólo citaré algunos ejemplos:

Los taoístas chinos representan el Yin y el Yang, principio vital del origen cósmico, por el enroscamiento de dos formas serpientes y complementarias:

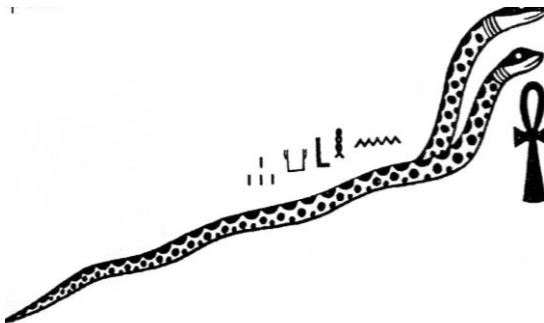


Según el biólogo molecular Christopher Wills, "las «las cadenas de ADN se parecen a dos serpientes enroscadas entre ellas como en un rito amoroso»".

En efecto, el ADN es una sola molécula constituida por dos cadenas complementarias. Eso porque es a la vez tan sencillo y doble que puede ser duplicado:



En las tradiciones mitológicas, muchas serpientes cósmicas están representadas como si fueran a la vez simples y dobles. Así es, por ejemplo, la serpiente cósmica "proveedora de atributos" de los antiguos egipcios:



Las serpientes míticas frecuentemente son enormes. La cabeza del monstruo-serpiente Tifón (mitología griega) alcanza las estrellas; el pescado-pájaro del taoísta Chuang-tsu mide "no sé cuántos miles de estadios"; algunas representaciones africanas de la serpiente Uroboros la muestran dando la vuelta a la Tierra. Pero, el ADN de las células humanas no es para menos. Si se desenroscara el ADN de una sola célula tendría dos metros de largo, o sea un hilo que sería un millón de veces más largo que ancho -como si, guardando la proporción, un dedo meñique se estirara desde París hasta Los Ángeles-. Si pudiéramos anudar todos los hilos de ADN de un cuerpo humano unos a otros, constituirían un filamento de doscientos mil millones de kilómetros de largo -equivalente a setenta idas y vueltas entre Saturno y el Sol.

Sobre la pista de la Serpiente, es fácil perderse.

Me perdí en ella entonces, al igual que un astronauta hipnotizado por lo que descubre a través de su tragaluz. Una decena de semanas más tarde, sin embargo, mi mujer logró convencerme de que era tiempo de bajar a Tierra y contar a los demás lo que había visto.

Para volver a la Tierra, decidí estudiar la biología molecular al igual que había estudiado el chamanismo: leyendo mucho y clasificando mis notas. Por otro lado, decidí que después de tantos años de incredulidad sistemática, iba a creer en lo que dicen los chamanes tomándolo al pie de la letra. Empecé entonces a explorar la biología molecular con la racionalidad como vehículo y el chamanismo como brújula.

Los chamanes amazónicos afirman que algunas plantas psicoactivas (que contienen moléculas que actúan sobre el cerebro humano) influyen a los espíritus de un modo preciso. Dicen por ejemplo que el tabaco da a los espíritus un 'apetito casi insaciable' para su "fuego". Fui en búsqueda de una conexión similar entre la nicotina y el ADN de una célula del cerebro humano, y encontré que cuando una molécula de nicotina se inserta en el receptor nicotínico de una célula cerebral, provoca un flujo de átomos eléctricamente cargados que incentivan el ADN a construir otros receptores nicotínicos.

Den nicotina al ADN de su cerebro y les pedirá más, tan insaciable de tabaco como son los espíritus.

Me demoré varias semanas para encontrar y luego entender los diferentes fragmentos de saber científico acerca de los receptores nicotínicos y la estimulación del ADN por la nicotina. Pero, a fin de cuentas, cayó en mis manos una traducción de las nociones chamánicas a conceptos científicos actuales, que los volvían comprensibles y demostraban su pertinencia.

Pasé un año explorando la biología molecular. Me sería difícil decidir aquí todos los puntos donde coincide con el chamanismo: estos dos campos de conocimiento que parecían separados hasta ahora, se encajan en múltiples niveles. He tratado de hacer una demostración detallada de ello en un libro "La Serpiente cósmica, el ADN los orígenes del saber".*

Poco después de haber terminado de redactar este libro en julio de 1995, viajé al Perú para discutir de las eventuales consecuencias de mi hipótesis con los representantes de varias organizaciones indígenas. Si se verificaban, de hecho, ello significaría que los pueblos indígenas disponían, a través de las visiones de sus chamanes, de un saber bio-molecular de un incalculable valor.

La primera vez que hablé de ello a los estudiantes indígenas de la Escuela para la Educación Bilingüe e Intercultural de Iquitos, sólo uno de ellos, al fondo del salón, tomó la palabra: "Usted finalmente entendió -me dijo- que lo que decimos es cierto. Pero, si sus colegas científicos toman nuestro saber en serio, ¿quién nos garantiza que actuarán de manera ética? La manera como se comportaron hasta ahora no nos tranquiliza mucho, además, trabajar con los espíritus sin ética -es suicida."

Le contesté que la pregunta era buena, pero que debían reflexionar ellos mismos sobre la respuesta.

En efecto, es una de las cosas que descubrí durante esta investigación: que seamos biólogos moleculares, indígenas de la Amazonia o antropólogos, tenemos todos tanto que aprender y empezando entre nosotros mismos.

Diez meses después, volví a Iquitos. El motocarro me dejó frente al dormitorio de los estudiantes indígenas que me habían invitado a dar una nueva charla. Fui hasta la sala de reunión, donde 80 jóvenes, hombres y mujeres, estaban sentados sobre bancas alineadas frente a una pizarra negra. Era un viernes por la noche, una noche húmeda, los estudiantes me parecían un poco distraídos.

Para animar la asistencia, les pregunté de frente si tenían preguntas. Después de un largo silencio, alguien lanzó: "nos gustaría saber si usted ha podido experimentar las hipótesis que nos presentó aquí el año pasado".

Prometiéndolo no eludir la pregunta, empecé por evocar frente a los estudiantes la historia de la vida en la Tierra tal como la ciencia la

*** Editado en español por Takiwasi y racimos de Ungurahui, en 1997.**

presenta hoy en día, desde el nacimiento de nuestro planeta bajo la forma de una bola de magma, hasta la aparición en su superficie hace 4 mil millones de años, de la vida evolutiva: bacterias que se transformaron poco a poco en plantas, peces, anfibios, reptiles, dinosaurios, mamíferos y por fin en simios y homínidos. Les dije que el cerebro de los homínidos había triplicado su volumen durante los últimos cuatro millones de años, según se sabe de la historia de la biología, jamás otro órgano se desarrolló de manera tan espectacular. Les hablé de los fósiles, de las técnicas de datación con carbono 14, les expliqué que la ciencia misma es un fenómeno reciente: la biología sólo tiene doscientos años, la técnica del carbono 14 tiene menos de sesenta años y el papel del ADN se entiende desde menos de medio siglo.

Les dije que la biología había nacido en oposición a la religión y se basa en la idea de que en la naturaleza no hay ninguna inteligencia y ningún plan. Les enseñé decenas de páginas de propaganda de compañías farmacéuticas, sacadas de los últimos números de la revista Nature, cubiertas de doble-hélices y otras referencias al ADN. En el mundo materialista donde vivo, les dije, la biología es un negocio.

Considera las dos serpientes enroscadas como un simple producto químico, un vulgar "ácido desoxirribonucleico". No puede admitir que el ADN sea animado por una conciencia, a menos de contradecir los presupuestos fundadores de la disciplina. Jacques Monod dice que no se puede considerar que la naturaleza tenga un propósito "aún provisorio o en un campo limitado", a no ser que nos salgamos del campo mismo de la ciencia.

En resumen, les dije, sería necesario, para que mis hipótesis fueran experimentadas, que biólogos moleculares institucionalmente respetados encuentren información bio-molecular en las alucinaciones de los ayahuasqueros; pero como estos biólogos académicos no pueden admitir la posibilidad de encontrar ahí tal información, mis hipótesis no pueden ser experimentadas por el momento.

Esta vez, las preguntas fueron numerosas. Por ejemplo: "Doctor, usted piensa que dentro de diez mil años, nuestras cabezas serán mucho más grandes que hoy?" Contesté que no sabía pero que todo es posible. Hasta que una última pregunta surgió del fondo del salón:

"Será que usted nos está diciendo que los científicos están alcanzándonos?"

"Sí, exactamente", contesté.

En la pista de la Serpiente, uno acaba por darse cuenta que a menudo las cosas están al revés, o cabeza abajo, o ambos a la vez.

... Nadie había notado los lazos posibles entre los “mitos” de los pueblos “primitivos” y la biología molecular. Nadie había visto que la doble hélice simbolizaba desde hace millares de años y en el mundo entero el principio vital, ni que las alucinaciones desbordaban de información genética. Por el contrario, todo había sido interpretado a la inversa. Se decía que las alucinaciones no podían, en ningún caso, ser una fuente de saber... Busqué en seguida la relación entre la serpiente cósmica -esta maestra de la transformación de forma serpentina, quien vive en el agua y que puede ser; a la vez, extremadamente larga y minúscula, simple y doble- y el ADN. Y encontré una relación evidente: ¡la representación del ADN es en todos los puntos similar a esta descripción!

... El ADN es un maestro de la transformación: la vida basada en células que el ADN informa ha formado el aire que respiramos, el paisaje que vemos y la turbadora diversidad de seres vivientes de la cual formamos parte. En cuatro mil millones de años se ha multiplicado en un número incalculable de especies diferentes, permaneciendo rigurosamente él mismo...

La información necesaria para constituir un ser humano (por ejemplo), llamado “genoma”, está en tres mil millones de letras repartidas a lo largo de un hilo único de ADN. En algunos lugares, este hilo se enrosca en torno a sí mismo para formar veintitrés segmentos más compactos llamados “cromosomas”...

...Las enzimas de lectura no leen más que los pasajes del ADN que codifican la construcción de proteínas y de enzimas. Estos segmentos, llamados “genes”, representan solamente el 3% del genoma humano. El 97% restante no es jamás leído; su utilidad permanece en el misterio... Los biólogos Chris Calladine y Horace Drew resumen así la situación: “La más grande parte del ADN en nuestro cuerpo hace cosas que no comprendemos por el momento”...

... ¿Con qué rimas todas estas conexiones entre el ADN y la serpiente cósmica, el eje del mundo y el lenguaje de los espíritus de la naturaleza?... A mi parecer; las correspondencias son demasiado numerosas para explicarse por el solo azar...

...Mi investigación me había llevado a formular la hipótesis de trabajo siguiente: en sus visiones, donde su conciencia está de alguna manera reducida al nivel molecular, los chamanes acceden por diferentes técnicas a información proveniente del ADN, que ellos llaman “esencias animadas” o “espíritus”; así, las culturas chamánicas, o “animistas”, saben desde hace milenios que el principio vital es único para todas las formas de vida y se parece a dos serpientes entrelazadas (o un bejuco, una cuerda, una escala...); de esta manera, el ADN constituye la fuente de su asombroso saber botánico y médico; esta vía de conocimiento no se revela más que en estados de conciencia desfocalizados y “no racionales”, pero sus resultados son verificables empíricamente; y, finalmente, los mitos de estas culturas desbordan de imaginación biológica, y las explicaciones mitológicas de los chamanes corresponden, con bastante precisión, a descripciones que la ciencia occidental comienza a proporcionar...

Comencé esta investigación considerando el enigma de las “plantas que comunican”. Bastante rápidamente acepté la idea de que las alucinaciones podían constituir una fuente de información verificable. Terminé con una hipótesis que sugiere que una mente humana puede comunicarse, en un estado de conciencia desfocalizado, con la red global de vida a base de ADN. Claramente, esto contradice ciertos principios básicos del conocimiento occidental... Sin embargo, mi hipótesis se puede probar. Una prueba simple consistiría en ver si biólogos institucionalmente respetados pueden encontrar información biomolecular en la esfera alucinatoria orquestada por los ayahuasqueros...

No obstante, el problema es que esta hipótesis actualmente no es recibida por la biología institucional porque infringe los presupuestos de la disciplina -y la mirada objetiva excluye de su campo visual cualquier cosa que toque sus presupuestos-...

... La biología tiene un ángulo muerto. Una mirada histórica revela su naturaleza y su extensión...